

CAPITULO IV.

En la plaza del Pretorio.

¿Qué habia pasado mientras tanto en la plaza? Presumimos que no disgustará á nuestros amables lectores que se lo digamos en breves palabras.

El mensaje que Anás mandara por Malco al Sanhedrin, habia obtenido por resultado alarmar en gran manera á los jueces de Israel. Muchos de ellos se excitaron hasta el extremo de parecer unos energúmenos, y daban voces y hacian ademanes, como si se acabara de promover una insurreccion; otros mas pacatos, mas conformes con su vida empezaron á temblar, y como no eran gente de guerra, maldecian del fondo de su corazon la hora en que se habian empeñado en un asunto, que ofrecia el aspecto menos lisongero que se podia esperar.

Esto, sin embargo, ya fuese por no desagradar á Caifás y á los suyos, ya fuese tambien porque era poco menos que imposible retroceder, el caso es que partieron desde luego en tumulto dirigiéndose al pretorio, acompañados de la multitud que se hallaba reunida en el atrio del templo, pues como aquella era la hora de los sacrificios de la mañana, y como en Jerusalem se habian reunido casi todos los hombres de la nacion con motivo de la pascua, el gentío era inmenso, y las calles y todo el recinto de la ciudad hallábanse atestados de israelitas.

Y Caifás y los mas exaltados dirigíanse á la plaza del pretorio, profiriendo maldiciones y amenazas, pues como tal vez pensarán que la cuestion era de vida ó muerte, acaso pensaron hacer tambien el último esfuerzo, y quién sabe si hasta les asaltó la idea de promover una sedicion, puesto que aquella era la circunstancia mas oportuna que podia ofrecérseles, atendido el innumerable gentío que, con motivo de la festividad cercana, acudiera á la ciudad.

Y así llegaron á la plaza, llenándose las calles vecinas de gente que no cabia en ella, toda vez que la centuria romana formada en el centro, tenía á raya hácia un extremo, y les impedia adelantar.

Y cuando el Sanhedrin en peso llegó allí, era en ocasion en que Cornelio iba á comunicarle que las funciones de jueces de Israel habian terminado para siempre, y por consiguiente, que aquella era la última causa en que habian entendido.

La excitacion, el furor de los judíos, llegó en este momento á su colmo, mientras que Onkelos descompuesto por la ira gritaba:

—¿Con qué; hasta el último resto de independencia se nos arrebató?

—Se os arrebató el derecho de abusar bárbaramente de vuestra posicion;—gritó Cornelio con imperiosa voz.

—El pueblo de Israel no sufrirá esto;—exclamaron algunos.

—Tanto peor para él si lo intenta, porque las lanzas romanas no retroceden jamás. Tenedlo advertido; al primer conato de sedicion que se observe, las puertas de la fortaleza Antonia se abrirán para arrojar sobre vosotros algunos miles de lanzas, y no creo que sean nuestros soldados los que salgan peor parados al fin de la funcion;—dijo Cornelio.

Y retrocediendo, entonces fue cuando hizo replegar los soldados de la guardia en el pretorio.

Los judíos furiosos, pero mordiendo con despecho sus labios, adelantaron con cautela, hasta invadir y llenar la grande y espaciosa plaza que conocemos.

Los sacerdotes y miembros más audaces del Sanhedrin hallábanse junto á las paredes del pretorio, cuando cayeron sobre ellos unos pedazos de un pergamino estrujado.

Aquello acabó de excitar su rabia y su furor, porque examinando los pedazos del pergamino, observaron que era la sentencia que contra Jesucristo acababan de dictar, y esto ya en su concepto, no solo era un desprecio manifiesto, sino un insulto, sino un reto público que les dirigía el Pretor.

—¡Oh!—murmuró Eleazar;—¿y es posible que suframos tanta humillacion? ¿Es posible que la idólatra Roma pisotee de tal manera á la raza de Judá? ¿Y es posible que Jerusalem permanezca quieta y pacífica, y que no se levante como un solo hombre para aniquilar al exactor y al ladrón que nos roba la independencia, y tiene aun la audacia de escupirnos á la cara?

Algunos, al parecer, daban oídos á las palabras fogosas é inconsideradas de Eleazar, pero Anás que conoció cuán imprudentes eran, y el precipicio á que les abocaban, acercándose á su hijo, díjole con imperio y severidad:

—Es preciso que calles. ¿No eres tú quién debe dirigir aquí la marcha de los sucesos.

—¡Pues qué! ¿La razon no me abona de sobras acaso?

—¡Imprudente!—musitó Onkelos á los oídos de Eleazar;—¿quieres que perezcamos aquí sin resultado?

—¡Con qué! ¿Siempre habré de callar?—exclamó el

hijo de Anás con desesperacion, mirando alternativamente con ojos irritados á su padre y al fariseo.

—¡Sí!—contestóle irritado el viejo sacerdote.

—Nunca será vuestro silencio mas provechoso y mas prudente:—díjole el fariseo por lo bajo.

—¡Está visto!—exclamó Eleazar desahogando su ira dando patadas en el suelo;—está visto, estos hombres me toman por un idiota, ó se han empeñado en volverme loco!...

—¡Necio!—exclamó Anás agarrando por una mano á su hijo, y apretándole fuertemente.

—Bueno; bien, callaré, no temais; sí, callaré aun cuando vea que os degüellan; aun cuando se hunda el mundo; aun cuando perezca toda la humanidad, y me conste que puedo salvarla profiriendo una palabra.

Eleazar murmurando, profiriendo tremendas imprecaciones y blasfemias dirigióse á otra parte, para desahogar en otros su mal humor quizá, mientras que Onkelos decia al viejo sacerdote:

—Vuestro hijo me da miedo, porque es capaz de cometer una imprudencia que nos cueste cara.

—Algo imprudente es, en efecto, pero espero que por esta vez no soltará la lengua, para decir nada de importancia.

—Dios lo quiera;—repuso Onkelos desconfiadamente, y como quien conocia á fondo al personaje, objeto de sus temores.

En aquel momento, Caifás, y los principales enemigos de Jesucristo se reunieron al grupo que formaban los dos personajes que hemos visto reprendiendo á Eleazar.

Caifás procurando dominar la ira y el despecho, que excitaban en su corazón la conducta de Cornelio y del pretor, dijo:

—Esto ha sido un reto terrible, y el pueblo se halla sin armas y poco dispuesto á una sedición, para castigar el insulto de Roma.

—No hay mas que tomar paciencia por ahora;—contestó Onkelos con no menos despecho que el sumo pontífice

—Pero la paciencia se acaba;—repuso este.

—Hoy por hoy lo único que podemos hacer es sufrir y callar. No le echemos todo á perder, porque tal podría salirnos nuestro empeño, que una sola imprudencia pusiera en libertad al Nazareno, á nosotros presos y á Israel entre cadenas.

—Esto es imposible, Onkelos.

—No me lo parece tanto á mí, Caifás, y hasta creo que vuestro respetable suegro no dista mucho de participar de mis apreciaciones.

—¡Es verdad!—dijo Anás agitando la cabeza, como si no pudiera llegar á convencerse de todo lo que veía.

—Pues entonces, ¿qué hacemos?—preguntó Sadoc, muy dispuesto á secundar las ideas de su amigo el hijo de Anás.—Yo tengo el pueblo en el puño, y un ligero grito bastaría...

—Para conducirnos á todos nosotros al Calvario; á ponernos en una cruz, y á promover una horrible matanza del indefenso pueblo que nos sigue, y que se halla dispuesto á secundar todos nuestros propósitos:—interrumpióle Onkelos, tanto para mortificar la jactancia de Sadoc, como para dar á entender que no era aquella ocasion propicia para bravatas de ningun género.

—Es que el pueblo hará lo que le indique;—insistió Sadoc.

—Pues bien; indicadle que haga lo que vea que nosotros hacemos. Una imprudencia puede perdernos á todos,

y no solo debemos evitarlo, sino que es preciso trabajar con todas nuestras fuerzas, para impedir que el Nazareno se vea en libertad. ¿Quién sabe si con prudencia y mucho tacto lograremos imponernos al pretor? ¿Quién sabe si jugamos hoy el todo por el todo?—dijo Anás sentenciosamente.

—Y bien; ¿qué hacemos ahora? ¿Habeis visto el desprecio con que Pilatos ha tratado al Sanhedrin? ¿Habeis visto la sentencia hecha pedazos, y arrojada como un guante al rostro de Israel?...—preguntó Caifás con un enojo que á duras penas podia dominar.

—¡Oh! sí, por nuestra desgracia lo hemos visto todo;—respondieron muchos á coro, meneando la cabeza, como la meneaba un niño de mal genio, azotado por otro niño mayor, de quien no se puede vengar.

—¿Qué debe hacerse ahora, Anás? ¿Qué debe hacerse, Onkelos?—preguntaron á su vez los sacerdotes al primero, y los fariseos al segundo de los aludidos personajes, personajes que eran sin duda alguna el alma de aquel horrible crimen.

Los dos malvados á quienes acababa de preguntarse, se miraron recíprocamente, como si esperaran ponerse de acuerdo por medio de aquella mirada, en un caso á la verdad arduo y difícil para ellos.

Onkelos, cuya inteligencia era mas poderosa y rápida que la de Anás, arbitró desde luego el recurso supremo, y habló así:

—Pilatos no solo acaba de matar al Sanhedrin; no solo acaba de insultar á Israel, sino que hasta á nosotros mismos nos ha dado un desden tan manifiesto, que á la verdad, es difícil buscar otro que pueda parecersele. El pretor intenta contrariarnos bajo todos conceptos, y tal

vez halaga la idea de poner en libertad al Nazareno, no porque crea que la justicia se halla de parte del acusado, sino porque ve el interés que todos nosotros demostramos por llevarle á la muerte.

—Es cierto;—murmuraron muchos, formando el coro mas compacto en torno del fariseo que hablaba.

Onkelos, bastante lisonjeado por el interés que sus palabras inspiraban á todos y por la aprobacion que le merecian, prosiguió:

—Al efecto, rasgando el pergamino en que iba la sentencia del Sanhedrin, y arrojándonos al rostro con desprecio dicha sentencia, no solo ha querido demostrarnos que habian terminado de hecho las tareas del tribunal, sino que tambien ha querido significarnos, que ninguna importancia ni fuerza tenian para él los motivos sobre los que basábamos la sentencia. Es decir: á Pilatos le importa poco que el impostor acusado sea reo de blasfemia, y se haga Hijo del Altísimo; estas son para él dos razones que no solo no merecen una sentencia de muerte, sino que ni siquiera deben ser castigadas con la pena mas insignificante. ¿Qué pueden importarle á un idólatra enemigo de Dios y de Israel, los cismas que un hijo de Judá pretenda introducir en la religion de sus padres?

—¡Es verdad!—musitaron con indignacion todos los circunstantes, que con tanto interés escuchaban á Onkelos.

—Pues bien;—continuó el fariseo,—para no vernos en la gran vergüenza de que Pilatos ponga en libertad al Nazareno, es preciso arbitrar otras acusaciones que le obliguen á condenarle aun á su pesar, y como esas acusaciones no pueden ser otras que las que impliquen un crimen, de los que los romanos llaman *de alta traicion*, preciso nos será apelar á un recurso, que en otras circunstancias

hemos desechado por vergonzoso, y hasta por indigno de nosotros. Habiendo llegado las cosas al extremo á que han llegado, la patria nos perdonará si la ofendemos, siquiera por la idea de libertarla que nos anima.

—¿Qué recurso es el que indicais?—preguntó Caifás.

—El de acusar al Nazareno de sedicioso; de conspirar contra el poder de Roma, de hacerse aclamar por rey de Israel.

—¡Esto tiene sus inconvenientes!—repuso Caifás, envidioso tal vez de que fuera el fariseo quien arbitrara el medio seguro de perder á Jesús, y de sujetar á Pilatos á su capricho.

—Los inconvenientes que tiene, consisten tan solo en que á primera vista parece que hacemos traicion á la patria, pero lo repito, si apelamos á este medio repugnante, es solo con la idea de salvar á Israel. ¿Quién sabe si esto será la base, de la cual puede salir nuestra amada independencia? Anás lo ha dicho antes que yo; al presente jugamos el todo por el todo; el que no quiera entrar en la lucha, que coja una rueca y se retire al rincon mas olvidado de su casa; podrá ser que su vida no peligre, pero tampoco tendrá nada que agradecerle la patria.

—Es una verdad,—dijo Anás.—El plan de Onkelos es el único recurso que nos queda.

—¿Qué tardamos, pues, en adoptarle?—preguntaron muchos impacientes;—lo primero es la salvacion de la patria.

—¡Que se adopte, que se adopte!—replicaron todos sin vacilar, incluso el mismo Caifás.

En aquel momento aparecióse en el balcon la irritada y severa figura de Pilatos.

Este balcon se elevaba á pocos codos del nivel del suelo

de la plaza, de modo que sin esforzar mucho la voz, el pretor podia hacerse perfectamente entender, de los que ocupaban los primeros puestos debajo del balcon ó tribuna pretorial.

Estos puestos hallábanse ocupados, como es de ver, por los individuos que en la escena anterior hemos visto reunidos en derredor de Onkelos.

En aquel momento, un silencio profundo, sepulcral, batió sus alas por todo lo estenso de la anchurosa plaza, que conteniendo tan gran número de hombres irritados, parecia no haber en ella ni un alma viviente.

CAPITULO V.

Interrogatorios.

Pilatós tendió una mirada de irritación y desprecio por el ancho espacio de la plaza, y después de unos momentos de pausa, como si durante ellos se gozara en mirar humillados á sus piés aquellos orgullosos israelitas, dijo con gravedad:

— ¿Qué es lo que lleva aquí tan de mañana el gran consejo de Israel, y parte del pueblo de Jerusalem?

— Venimos á pedir justicia, — exclamó Anás, irritado por la humillación nueva que acababa de hallar para el Sanhedrin y el pueblo en las palabras del pretor.

Y Anás, creyendo humillado al Sanhedrin estaba en lo cierto, puesto que en la apariencia ningún caso hacia Pi-

latos, ni de la sentencia del tribunal de la nación, ni del acto que aquellos malvados acababan de llevar á cabo presentándole atado á Jesús de Nazareth.

Verdaderamente la pregunta del pretor era humillante en gran manera para los seres ruines que habian tramado el deicidio, y para la autoridad de que al efecto se valieran. Tenia pues razón de irritarse el viejo sacerdote.

Para Pilatos aquella irritación era mas grata de lo que el néctar y la ambrosía lo era, al decir de los romanos, al paladar de sus mentidas divinidades. Así es, que notando el gobernador el efecto producido por su pregunta á los judíos, prosiguió:

— ¿Y contra quién pedís esa justicia?

— Contra Jesús de Nazareth, — respondieron los miembros del Sanhedrin, procurando dominar su despecho.

— Estraño es el paso que estais dando, y permitid os diga que me está llenando de asombro.

— ¿Asombro os causa que un pueblo venga á demandar justicia ante el que está encargado de ejercerla? — preguntó Onkelos sin poder dominar su irritación.

— Sin duda, — respondió Pilatos con un marcado tono de ironía. — Es una costumbre entre vosotros de presentaros ante el pretor, no para pedir el castigo de algún israelita, sino para interceder por él, y poner en el caso de librarle al gobernador de Roma. ¿Cómo, pues, no he de asombrarme, cuando os veo delante de mi palacio, pidiéndome que castigue á un hijo de vuestra nación, cuando lo que estais pidiendo no tiene precedente (1)?

(1) El razonamiento de Pilatos, por mas que fuera irónico, no por eso dejaba de ser cierto. Hasta entonces los judíos no se habian presentado nunca al pretor, que no fuera para rogarle perdonara á un reo que tal vez iba á condenar.

— Es que tampoco hemos conocido nunca un malhechor semejante al que hoy te traemos, — gritó Eleazar.

— Crimen singular será el suyo, cuando yo que estoy vigilando constantemente sobre vosotros y vuestro pueblo, no he sabido ver maldad alguna, por la que merezca castigo el israelita que acusais. Por otra parte, — continuó Pilatos, siempre con acento pronunciadamente irónico; — por otra parte, es poco menos que imposible acusar de malhechor á Jesús de Nazareth, sin que esta acusacion recaiga tambien sobre la gran mayoría de vuestra nacion, que entusiasta le sigue y le admira, y se llama su discípula. ¿Habré pues de encargár el castigo al ejército romano, pues que solo él es capaz de ejecutar la sentencia, alcanzando á todos los cómplices del pretendido crimen de Jesús?

La idea de Pilatos estremeció á los malvados que le escuchaban. Sin duda que se habian colocado en una situacion difícil: sin duda que el asunto tomaba un carácter aterrador, y para llevarle á cabo, se necesitaba mucha prudencia, mucha táctica, y los sacerdotes se hallaban en aquel momento en una exaltacion, que les hacia de todo punto imposible la táctica y la prudencia.

Solo tenian un recurso; solo podian apelar á un medio; este recurso y este medio eran peculiares de Satanás; este recurso y este medio eran la audacia. Verdad es que podian salirles mal las cuentas, como vulgarmente se dice, pero ya lo habia tambien indicado Anás poco antes: jugaban el todo por el todo, y puestos en este terreno, ya no era cuestion de mirar las cosas con aquella nimiosa escrupulosidad, con que en otras circunstancias las hubieran tal vez mirado, para cubrir, por lo menos, las apariencias.

Así es que á las observaciones del pretor, contestó Anás afectando un celo, que es inútil decir que no sentia:

— Para que el mal no se propague, para evitar una inmensa catástrofe, es por que nos presentamos aquí á fin de pedirte justicia. Acaso de esta manera el pretor termine por formar de nosotros un juicio distinto, del que en la apariencia tiene formado.

— ¡Quizá! — dijo Pilatos con una sonrisa tan fina, tan sarcástica como le fue posible.

Luego continuó preguntando:

— Y ¿qué mal, y qué catástrofe intentais evitar, en el caso que yo castigue como deseais á Jesús de Nazareth?

— Una revolucion insensata. Queremos evitar el mal de que el pueblo hebreo se levante contra Roma; queremos evitar al pueblo la catástrofe que le sobrevendria, en el hecho de hacer armas contra el imperio. Y hé ahí como los deseos que nos animan pueden y deben poner á Pilatos en el caso de rectificar la opinion, que tal vez de nosotros tenia formada, — contestó Anás con altanería y orgullo, como si hubiese colocado el asunto en el terreno necesario, si debia llegar á obtener un resultado satisfactorio.

Pilatos siguió sonriendo, y luego dijo:

— Desde luego debo haceros observar que Roma se basta y sobra á sí misma para velar por su seguridad, y para impedir una intentona loca, de esas á que el pueblo judío se halla tan afecto; pero prescindiendo de ello, debo deciros, que nada ha podido inducirme á pensar tal cosa respecto á Jesús de Nazareth. El pasado año hubo en Galilea una asonada, y lo particular es que en aquella insurreccion, ni se hallaba Jesús, á quien acusais, ni habia complicado en ella nadie de los que pertenecén á la escuela del Nazareno. Léjos de esto, por una coincidencia particular, — y Pilatos

recargó aquí el acento; — todos eran ó fariseos ó sadduceos; todos pertenecian á vuestras escuelas, y gran parte de ellos eran vuestros amigos.

— ¿Puede acaso hacérsenos á nosotros cargos por los delitos de los otros? — preguntó Onkelos fieramente al pretor.

— Sin duda que no, si vosotros os hallais con las manos limpias y la conciencia tranquila.

— ¿Nos acusais? — continuó preguntando con igual fiereza el fariseo.

— Á los que yo acuso, los guardias del pretorio se encargan de ejecutar, — contestóle Pilatos, siémpre con el mismo tono, terriblemente humillante para los hebreos.

Y como los sacerdotes y sus compañeros conocieron la amenaza latente que habia en las palabras y en la entonacion del pretor, se abstuvieron prudentemente de responder á la indicacion de Pilatos.

Este, despues de una pausa, continuó:

— En conclusion, pues, ¿de qué crimen acusais á Jesús de Nazareth?

Todos los miembros del Sanhedrin gritaron á una voz, contestando al gobernador romano:

— Si ese hombre no fuera un malhechor, no lo llevaríamos á tí para que lo condenaras.

— ¡Singular acusacion, por cierto, es la vuestra! ¿Creeis, pues, que yo voy á condenarle á muerte por solo una acusacion como la que acabais de formular? ¿Creeis que un juez puede ser recto, creeis que puede obrar en justicia dando por buena la razon que habeis alegado? Nadie al oiros diria que vosotros habeis sido jueces, y que conoceis siquiera superficialmente la ley; nadie al oiros diria que no me habeis tomado por un juguete de vuestros caprichos, ó por un agente servil de vuestras pasiones, y muy

pobre fuera el favor que haria á Roma y al divino Tiberio, y muy escasa importancia diera á mi reputacion y á mi decoro, si condenase á un hombre por sola la razon de haberse presentado otros hombres, alegando por toda prueba del crimen, la singular acusacion de que es un malhechor. Mucha confianza me inspiran vuestras aseveraciones como á particular, pero considerado como juez, no puedo admitir el especioso modo que de acusar teneis. ¿Decís que Jesús de Nazareth es un malhechor? — preguntó Pilatos, no dejando caer nunca la ironía mas sangrienta de sus labios.

— Sí; — contestaron á su pregunta, gran número de los malvados israelitas congregados en la plaza.

— Alegad, pues, las pruebas fehacientes que acrediten sus crímenes, porque sin esas pruebas, yo no solo no puedo condenarle, sino que tampoco puedo retenerle preso por mas tiempo, y si esas pruebas no se presentan luego, me veré en el caso de ponerle en libertad, y de asegurarle bajo mi garantía el respeto de todos sus enemigos.

Esta observacion de Pilatos alarmó gravemente á los sacerdotes, porque era una amenaza tanto mas temible, cuanto en la apariencia buscaba medios el pretor, para mortificar y humillar al Sanhedrin. Y ¿quién duda que el mejor de esos medios hubiera sido poner á Jesucristo en libertad declarándole inocente, despues que los sacerdotes y los escribas le habian condenado á muerte, allá en los tenebrosos senos de su inícuo tribunal? Y para completar la humillacion, ¿quién duda que Pilatos hubiera dado todo su poder en garantía á Cristo, de que no se veria su libertad atropellada por el despecho, la rabia y el corage de sus implacables enemigos?

La observacion de Pilatos alarmó con motivo á los sacerdotes y á todos sus satélites; así es que se resolvieron

desde luego á presentar contra Jesús la acusacion convenida poco antes; se decidieron á apelar al recurso supremo, á la única tabla de salvacion que para su infame idea habia.

—¿Qué acusacion, repito, presentais contra *este hombre*? — prosiguió Pilatos despues de una pausa.

—Le hemos hallado seduciendo al pueblo, para obligarle á levantarse contra el poder de Roma, — gritaron Anás, Onkelos y Caifás, como tres energúmenos furiosos.

—Nosotros tenemos pruebas de que es un sedicioso que pretende trastornar el orden social, — exclamaron Eleazar y Sadoc, ganosos de singularizarse en todo, á cuyo fin les pareció que se deshonoraban si no levantaban la voz mas que los tres anteriores; si no alegaban contra Jesús otras acusaciones.

Y á la verdad, la hilaza burda de su ignorancia se descubria á través de sus gritos y de su acusacion, como se descubre el pez que nada en una piscina de transparentes aguas. Su deseo de singularizarse, su afan por parecer hombres de pro, les inducia á presentar la misma acusacion que Pilatos acababa de dar por especiosa y nula. ¡Tal es el destino de los necios!

Otros, entre los cuales hallábanse Ananías, Achazías y los herodianos, que hemos visto fueron á provocar á Jesús en Betania en un dia de sábado, y dijeron á su vez tambien gritando:

—Prohibe pagar el tributo al César, y se proclama rey de los judíos, dándose por el Cristo prometido.

Y á estos gritos, y á estas acusaciones, sucedieron otros muchos gritos y acusaciones mentidas y especiosas, por parte del gentío que se apiñaba en la plaza del pretorio, y que á cada momento iba creciendo como la espuma, ó mejor, como una nube de verano caldeada por el sol.

Y aquellas voces roncadas, frenéticas, apasionadas, parecian el eco fragoso del lejano trueno, ó la voz de las olas de una mar irritada, que sacuden con ira las rocas del acantilado y las arenas de la playa.

Pilatos veia aquella tempestad de gritos y de amenazas con una calma desdeñosa y fria. Despreciaba tanto á los judíos, y por otra parte hallábase tan acostumbrado en Roma á aquellas escenas populares, que ninguna mella hacian en su ánimo.

Quando calmó aquella especie de tempestad, aquel eco ronco de las pasiones humanas, escitadas violentamente por el infierno, entonces Pilatos, con la misma calma, con la misma indiferencia, pero siempre con el mismo sarcasmo é ironía dijo, esforzándose por dar mayor claridad á su voz:

—Admirado me teneis con vuestras acusaciones, y es muy singular, que yo, pretor de Roma; que yo, interesado como el que mas por los intereses del imperio, no haya podido descubrir nunca en Jesús de Nazareth los crímenes que contra el imperio decís que ha cometido, mientras que vosotros, que tascáis con mal disimulada rabia el freno que os pone la loba del Lacio, os presentais en esta ocasion mas romanos que el romano Poncio Pilatos vuestro pretor. Esto es cosa tan singular y peregrina, que á no verla y oirla yo mismo, tal vez dudara del que se atreviese á referírmelo. Pero si esto es tan extraordinario, no lo es menos aun la veleidad con que acusais á Jesús. No hace mucho que me han traído de parte vuestra un pergamino, para mí de ningun valor: en ese pergamino le acusabais tan solo de crímenes religiosos; poco despues le habeis acusado de malhechor, pretendiendo que os creyera sobre vuestra palabra, que es por cierto una débil prueba para un juez recto y justiciero; finalmente, le acusais de crímenes de

alta traicion, de crímenes políticos de importancia suma, y de suma trascendencia... Todo esto es pasmoso, es admirable, y desearia que concretando las acusaciones, me dijerais á cuál de las tres, que en poco tiempo habeis presentado, debo atenerme para dictar el fallo. ¿Pretendeis que condene á Jesús de Nazareth por crímenes contra vuestra religion? ¿Pretendeis que le condene por malhechor, como me habeis asegurado bajo vuestra palabra, que era? ¿Pretendeis que le condene por delitos políticos cometidos contra Roma, vuestra dominadora y soberana? Decidlo, porque yo deseo atenerme á vuestra acusacion definitiva para juzgar tambien en definitiva; decidlo, y no olvidéis, como lo habeis hecho hasta aquí, que es un principio fundamental de jurisprudencia, el principio de que *quien prueba demasiado no prueba nada*.

Y Pilatos recargó particularmente el acento en la palabra *demasiado*, del principio jurídico que acababa de citar.

Los enemigos de Cristo, puestos en un grave apuro por las palabras del pretor, se miraban los unos á los otros, como para preguntarse qué era lo que debian contestar á la pregunta del romano; como para ponerse de acuerdo, á fin de no contradecirse. La situacion iba á cada momento tomando mayores caracteres de dificultad.

Eleazar, viendo que sus compañeros callaban, y no creyendo que la contestacion fuera tan difícil como era al parecer para los demás, abrió la boca para hablar, pero Caifás, Onkelos y Anás, temieron sin duda que el hijo de este último soltara una necedad de las suyas, poniéndose á temblar, mientras que el viejo sacerdote, dando un salto que no era de esperar á sus años, con desesperado tono y ronca voz dijo á Eleazar:

—¡Calla, maldito!

El hijo de Anás quedóse mirando á su padre como quien ve visiones. El desgraciado necio no sabia á que atribuir ni la vacilacion de los jefes del Sanhedrin, ni la intempestiva salida del viejo pontífice.

Luego encogiéndose de hombros, por no hacer cosa peor, hizo con los ojos un movimiento bastante espresivo, y cuando Anás hubo vuelto á la compañía de los que dejara poco antes, Eleazar dijo á su amigo Sadoc, afectando un aire inimitable de mártir:

—Pues señor, creo que hasta mi padre me tiene envidia.

—Es posible:— contestóle su compañero con la mayor candidez del mundo.

Y Eleazar, que en otras circunstancias se hubiera entregado á los trasportes de su genio, creyendo que aquella contradiccion le daba mucha importancia, volviéndose á encoger de hombros musitó:

—Mi padre es injusto conmigo. Yo nunca me atreveré al que me ha dado el ser, y me resignaré á sufrir hasta los trasportes de su envidia. No se dirá de mí que no soy un buen hijo. Los grandes hombres perdonan con mas facilidad que otros las debilidades de sus semejantes, por la razon de que saben lo poco que los mortales valemos.

Y hé ahí á un necio malvado convertido en filósofo, porque cree que la filosofía se presta, en esta circunstancia, á prodigarle un poco de incienso. ¡En verdad que Eleazar era un necio en toda la estension de la palabra!

Mientras tanto Pilatos impacientándose, esperaba la contestacion que pidiera á los príncipes de la sinagoga, y estos no sabian qué hacer, ni qué resolverse, ni cómo ponerse de acuerdo para contestar al Pretor.

Este habíales puesto en una situacion por extremo difí-

eil, y en exceso delicada. ¿Qué debían contestar? En pocos momentos habían presentado contra Jesús tres acusaciones terribles, sin acordarse la última vez de lo que habían dicho las dos anteriores; ¿no les decía, pues, con mucha razón Pilatos, que el que prueba demasiado no prueba nada? ¿Á qué acusación de las tres debían atenerse? ¿Cuál de ellas era la más segura, la de resultado más infalible y de efectos más rápidos y terribles?

Sin duda que esta era la acusación de crimen político, porque estos crímenes los romanos no los perdonaban nunca; ¿pero era fácil probarlo, cuando con aquella acusación herían la delicada susceptibilidad del pretor, encargado de velar en Judea por los intereses y de hacer la política de Roma? ¿Era fácil probarlo cuando Pilatos, que tan bien conocía á los acusadores de Jesús, acababa de echarles en cara el estado constante de rebeldía en que se encontraban, y lo poco afectos que eran á los intereses y á la causa de la capital del mundo conocido en aquel tiempo?

Más como ante todo y sobre todo se hallaba para ellos la necesidad de condenar á Jesús, y como quiera que todas las acusaciones tenían sus dificultades, creyendo que la de resultados más positivos era la acusación de crimen político, obtaron por esta, y entonces fue de ver como unos judíos que se llamaban amantes de la religión, de la patria y de la independencia nacional, acusaron de nuevo á Jesús del crimen de ser enemigo de Roma, enemigo de la idolatría del Capitolio, y amigo y decidido defensor de la nacionalidad y de todas las cosas peculiares al pueblo hebreo.

¿Y aquel pueblo merecía figurar como pueblo en el libro de las naciones? ¿Aquella raza degradada, que acusaba á un israelita de ser enemigo de la causa del invasor, merecía tener escrito el nombre de nación en el libro de las na-

ciones? Cuando tan ostensible y públicamente se hacían y declaraban súbditos romanos, ¿podía dejar de suceder que Dios permitiese á Roma que asolara la Judea, por haberse rebelado contra su poder?

La resolución, pues, que tomaron los príncipes de los sacerdotes, fue la de acusar á Jesús de ser enemigo de Roma, y de impedir por todos los medios, que la Judea pagase al César el doble tributo de sumisión y pecuniario.

—El medio es difícil, y tiene sus asperezas y dificultades: — dijo Onkelos pensativo.

—Pero es el único que puede producir efecto: — repuso Caifás, temiendo acaso que el fariseo desechara el pensamiento.

—Hemos de jugar el todo por el todo: — continuó Anás hablando en confianza.

—Pero en este caso, cualquier reparo que pongamos por nuestra parte es una insensatez. Hemos de interpretar la ley á nuestro modo, y pasar alguna vez sin reparo por encima de la ley: — hízoles observar el fariseo.

—Se hace. Después ya esplicaremos al pueblo nuestro proceder.

—La cuestión es que muera el Nazareno; lo demás es menos.

—Adelante, Anás; yo no retrocederé un paso, y si llega el momento en que sea necesario tirar la careta, no será Onkelos el último que lo verifique. Nuestra consigna debe ser de ahora en adelante hacer morir al Nazareno, y humillar á Roma, convirtiéndola en instrumento de nuestra justicia.

Singular era, por cierto, la lógica de Onkelos. Humillar á Roma ajusticiando á un israelita, por la acusación, (aunque mentida), de ser enemigo de Roma; de impedir á la Judea pagar al César el tributo! ¡Singular lógica, repeti-

mos, y estraña humillacion, por cierto, era la que Onkelos, arrojando la careta, como habia dicho, trataba de hacer sufrir á la señora del mundo conocido!

Pilatos, que como hemos visto, se impacientaba con tanta demora, dijo á los judíos haciéndoles conocer su impaciencia:

—En definitiva; ¿cuál de las tres es la acusacion que presentais contra Jesús de Nazareth?

—¡Le hemos encontrado seduciendo al pueblo para levantarle contra Roma! — gritó Anás.

—Le hemos encontrado prohibiendo al pueblo pagar el impuesto al César: — gritó Onkelos.

—Le hemos oido proclamarse rey de los judíos; — gritó Caifás, creyendo haber acertado mas que los dos anteriores en la acusacion.

—¿De manera; — preguntó Pilatos con indignacion y con desprecio sumo; — de manera que vosotros habeis condenado á muerte á Jesús de Nazareth, porque conspiraba contra Roma?

Un murmullo sordo, un murmullo de irritacion recorrió toda la plaza, no bien Pilatos hubo proferido sus últimas palabras. Aquel murmullo ¿era el grito espontáneo de los corazones israelitas indignados, viendo el indigno y traidor proceder de sus príncipes; ó fue un grito de soez y rastroja bajeza, que aprobaba la traicion hecha á la patria, en el mero hecho de reprobar las palabras de Pilatos, que hacian pública esta traicion? Es poco menos que imposible contestar á estas preguntas. ¿Quién es capaz de definir y explicar los sentimientos de un pueblo exaltado, en el momento en que las pasiones que bullen en su pecho, se hacen mas ostensibles y manifiestas por sus repugnantes y asquerosos efectos?

Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, puestos en un grave apuro por la insidiosa y sarcástica pregunta de Pilatos, vacilaron un momento. El caso no era para menos, porque si decian haber condenado á Jesucristo por delitos políticos contra Roma, proclamaban muy alto y á la faz del pueblo, la traicion que hacian á la patria, cosa que ellos querian evitar; si decian haberle condenado por otros motivos, se contradecian visiblemente á los ojos de Pilatos, haciendo del todo inservible la acusacion. ¿Qué debian, pues, decir; qué debian contestar á la pregunta del pretor? La respuesta era á la verdad espinosa, y muy difícil y resbaladizo el terreno que pisaban.

Onkelos creyó eludir la contestacion categórica diciendo á Pilatos:

—Nosotros le hemos juzgado segun nuestra ley, y por ella el Nazareno es reo de muerte.

—¿Qué os detiene, pues? Si le habeis juzgado por vuestra ley, ¿por qué no le ajusticiais? — preguntó el romano, recargando mas y mas la entonacion sarcástica de sus palabras, de modo que se hizo comprensible ya hasta para los mas necios, de cuantos presenciaban aquella escena criminal, y de terrible humillacion para Israel.

—No tenemos poder para ajusticiar á nadie; — contestaron los judíos; con la irritacion consiguiente al despecho que les dominaba.

¡Oh! ¡cuánto les costó formular aquella contestacion humillante, aquel reconocimiento del poder invasor de Roma! En aquel momento acababan de sancionar en público el decreto de abolicion del Sanhedrin, que poco antes dictara el irritado Pilatos, y que con gozo particular comunicara Cornelio á los príncipes de Judá.

—¿Quién tiene ese poder? — preguntó el gobernador ro-

mano, complaciéndose en las humillaciones que sufrían los hebreos.

—El que cierra para siempre las puertas del Sanhedrin; — contestóle Onkelos con rabia mal disimulada.

—¿Cómo os habeis, pues, atrevido á usurparme las atribuciones, juntándoos para condenar á un *hermano vuestro*, cuando sabíais que no teníais semejantes facultades? ¿A fe mía que si álguien parece sedicioso aquí, no es por cierto el Nazareno.

Los judíos bajaron la cabeza al oír esta amenaza latente en boca de Pilatos, y tal vez empezaron á temer terribles consecuencias, puesto que observaban cuánto con su proceder habían herido el amor propio del pretor.

En su consecuencia callaron, esperando á que Pilatos tornara de nuevo á hablarles. Esto no se hizo aguardar mucho, por cierto, toda vez que el Pretor siguió diciendo:

—En conclusion; ¿de qué acusais á Jesús de Nazareth? Sepamos de una vez á qué debo atenerme, para juzgar de su culpabilidad ó de su inocencia.

—Del crimen de alta traicion.

—¿Y qué pena merece por ese crimen?

—La muerte: — respondieron todos á la vez.

—Le examinaré atentamente, y si le hallo culpable, el peso de la ley caerá con todo rigor sobre él, mas si por fortuna le encuentro inocente, entonces...

Pilatos tendió una mirada terriblemente amenazadora por toda la estension de la plaza, y luego concluyó la frase, bajando mas la voz, pero dándole un tono terriblemente fiero:

—Entonces se hará tambien justicia, y Roma sabrá vindicar cumplidamente la inocencia calumniada.

Dicho esto, que llegó á los oídos de los sacerdotes, como llega el eco del trueno á los de la medrosa niña, Pilatos retiróse del balcón, para ir á interrogar al Cristo, á quien suponía inocente.

CAPITULO VI.

El Juez de los cielos delante del juez de la tierra.

Jesucristo, con la cabeza inclinada y los ojos clavados humildemente en tierra, permanecía en el mismo lugar donde poco antes le dejara el Pretor romano.

Nunca ningun hombre habia guardado delante de su juez una actitud tan humilde, tan digna, y á la vez tan llena de majestad, como la que guardaba en el pretorio el divino Redentor. Para convencerse de si era culpable ó criminal, no era necesario apelar á otras pruebas; su porte inimitable decia mas en su favor, de lo que hubieran podido decir largos volúmenes, empleados en probar su inocencia inmaculada. Jesucristo se ofrecia como víctima, pero no consentia de ningun modo en pasar por criminal. Era Dios, era la misma inocencia, y si su amor á los hombres le conducia á la muerte infamante del patíbulo, su amor á la justicia, á su decoro y á su dignidad, no podían tampoco tolerar que apareciera criminal en nada ni para nada. En este caso su muerte redentora no hubiera sido mas que la muerte ordinaria de un criminal, en quien la justicia castiga las iniquidades perpetradas, y debia pare-